



CALANDRAJAS

Papeles de Arte, Pensamiento y demás cosas

NUM. 10

TOLEDO

JUNIO, 1986

Edita: Tertulia Calandrajás - Apartado 247

La peñascosa pesadumbre estable
ni se derrumba ni se precipita,
y dando a tanto siglo eterna cita
yergue con altivez hisopo y sable.
¡Toledo!

Al amparo del nombre y su gran ruedo
—Toledo: “quiero y puedo”—
convive en esa cima tanto estilo
de piedra con la luz arrebatada.
Está allí Theotocópulos cretense,
de sus visiones lúcido amanuense,
que a toda la ciudad presenta en vilo,
toda tensión de espada
flamígera, relámpago muy largo:
Alumbra, no da miedo.

¡Toledo!
“A mí mismo me excedo
sin lujo de recargo.”
Filo de algún fulgor que fue una hoguera,
siempre visible fibra,
zigzag candente para que no muera
la pasión de un Toledo que revibra
todo infuso en azules, ocre, rojos:
El alma ante los ojos.

Jorge Guillén



CARMEN SAEZ

LA FLOR AMARILLA

El frío abrió la esclusa de la ausencia, la reina flor tiene ubres por las que mana la nostalgia. ¿Quién conoce sus propiedades medicinales? ¿cicatrizará el trecho más olvidado del camino que se yergue inapreciado? sin duda será la diosa inadvertida del invierno, y el vigía de los seres con élitros que han dejado este mundo inhóspito.

Hay caminos por los que se nos adhieren los pasos, en los que éstos son ventosas y reclamos para los sueños del ocio. Seguro que la plasticidad de una expresión quedará en sus labios cortados por soledades, seguro que los encuentros rodaron en fechas más benignas. Pero la flor amarilla nunca la vi amustiar, bien supo vestirse de indiferencia sin que lo advirtiéramos, mas qué podrían dar algunos a cambio por ella; si su mismo cuello estilizábase sin lunares, ni collares. Si sus ojos eran como su boca, si sus orejas de tan delicadas excitábanse por los silencios proyectados en el yermo. Ella podía levantar cada piedra en busca de otras mitologías, había sido desposeída de brazos. Le dijeron para qué los necesitaría si su fruto era inapreciable, dudaron que tuviera fruto, acusándola de ordinaria por no saber comportarse en el mundo de la utilidad. Pero ella triunfaba estando allí, sola allí, viendo pasar el viento saturado de protagonismo.

Se repetía como la ilusión bajo la Capilla Sixtina repleta de ángeles uniformados, y casi siempre era acariciada por el parabién del olvido, pues dialogaba con la sombra última.

Su propio claustro albergaba la quintaesencia de la despedida. Era una especie de pájaro invicto, volvería a volar luego como el deseo, sin hélice, sin alas, sin necesidad. . . ¿No es por lo tanto su carencia magnífica?

Juan Luis Pla Benito

FRANCISCO VELA SILLER



Es lástima conocer a creadores y artistas después de su tránsito a la otra vida. Pintores que ayer estaban ahí mismo, a golpe de mano, ya no se les puede conocer sino a través de su obra, recuerdos e por lo que otros han escrito de ellos.

Pero aún está muy próximo el recuerdo de un pintor castellano-mancheño desaparecido siendo joven y en pleno estímulo de su ingenio: se trata de Francisco Vela Siller. Debo confesar no haberle conocido, pero son muchas las referencias de sus amigos de Ciudad Real a través de la literatura y obra gráfica que nos retratan la figura de este artista, nacido en 1946 y formado en yunque propio. Muchos y buenos amigos debía tener Vela Siller que ya le homenajearon en *Manxa*, revista literaria del grupo Guadiana, con un número monográfico titulado "Corona afectiva a Paco Vela Siller", donde en veintiseis poemas o relatos poéticos van tejiendo laureles, con paletas, corazón y paisaje; acercándose a su propio retrato ya sin pinceles, dejados en el vacío, en otro momento impregnados de color y sencillez.

Ana Moyano decía que "si ven una figura siempre caminando hacia adelante por el sendero de la vida, alguien que no desfallece aunque a veces sangre las manos de desbrozar el horizonte, ése es el pintor Vela Siller". Sigue caminando el pintor y ha llegado hasta nosotros, los del otro lado de los montes de Toledo, para que realicemos con estas pocas líneas algo así como un testimonio dentro de la abstracción que el artista provoca, contemplando composiciones equilibradas rompiendo un instante cotidiano, buscando y sublimando el rincón, el detalle desaparecido, lo viejo y triste que mezcla con rosas y luces manchegas. Vicente Cano afirma que "hay muchos hombres que vienen a la vida para cubrir de asombro lo sencillo, a detener

las tardes y ponerles su luz exacta y verdadera. . ."

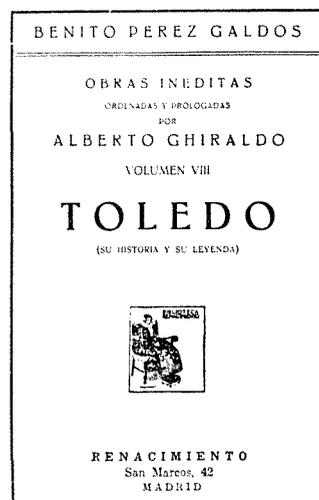
Se ha truncado una vida llena de sueños compartidos con otros soñadores de la pluma cuajada de afecto por el amigo allá en lo irremediable. Nos hemos impregnado un poco de Vela Siller a través de la poesía del grupo Guadiana, "diluvio de nostálgicos aromas, para un vuelo de mágicas palomas, que engrandecen sencillos pormenores", que diría Juan Márquez. Y hemos querido divulgar esta figura romántica (?), cuya obra es poco conocida en Toledo, aunque expuso en Tolmo con otros pintores, prestándonos a comentarla desdramatizando, como él mismo hizo con sus paredes raídas o informes revoltijos de mil cosas sin uso, transformándolas en color y vida.

Ventura Leblic



LAS GENERACIONES ARTISTICAS EN LA CIUDAD DE TOLEDO

Hay unas pocas ciudades en el mundo con tal fuerza interior que parecen estar por encima de las épocas y de las modas: siempre sugestiva, siempre hermosa, misteriosa y lejana siempre, la ciudad de Toledo es una de estas escasas urbes que sale triunfadora de cualquier valoración generacional. Para los románticos tuvo una especial significación. La mentalidad romántica creyó encontrar en Toledo dos de sus más dilectas aficiones: el carácter medieval y la vocación orientalista. Había en esta simplificación de la ciudad mucho de convencional. Pero lo cierto es que, desde la cuarta década del siglo XIX, Toledo está en el ambiente cultural más exquisito de Europa: es una ciudad tipo, un lugar de peregrinación artística y literaria, un motivo para la evocación y la leyenda. Repasemos los hermosos grabados de David Roberts (aquel delicioso *The bridge of Toledo*, inquietante como un sueño), las litografías exquisitas de Pérez de Villaamil o de Parcerisa, las más duras pero espléndidas de Asselineau en *Le moyen Age pittoresque*, los pequeños dibujos de Valeriano Bécquer; repasemos los libros de viajes de los viajeros románticos. Pongamos ahora nuestra atención en 1870: en ese año, el de su muerte, Gustavo Bécquer, que dirige su última revista, *La ilustración de Madrid*, publica en ella bastantes artículos de tema toledano; y en ese año, año densísimo en la historia española, aparecen en la *Revista de Es-*



románticos— posibles claves de explicación de la compleja vida española de su tiempo. Ya en estos artículos, y en los libros que escribirá pocos años después, aparece clara su noble preocupación por el tema de España, tan difícil y tan apasionante.

Lector apasionado y precocísimo, ha utilizado Galdós todas las fuentes clásicas del toledanismo; pero sus predilectas son el pintoresco *Reyes nuevos de Toledo*, de Cristóbal Lozano, vapuleadísimo por Menéndez Pelayo, y *Toledo en la mano*, de Sixto Ramón Parro. Gregorio Marañón, que dedicó todo el capítulo IX —el mejor del libro— de su precioso *Elogio y nostalgia de Toledo* a recordar el toledanismo de Galdós, nos habla con delectación de este trato de novelista con las obras de los historiadores toledanos, Parro sobre todos. Es Galdós, en cierta manera, el epígono de los historiadores toledanistas del siglo XIX. Pero se nota en él el deseo de huir de la plúmbea erudición, de aprovechar los elementos coloristas y vitales de las viejas leyendas toledanas. Su fracaso, no obstante, es evidente: ni historia, ni arqueología, ni libro de arte, ni colección de leyendas, *Las generaciones artísticas en la ciudad de Toledo* tiene hoy apenas el interés de estar escrito por su autor y de poder rastrear en él algunos de sus rasgos estilísticos o ideológicos. Solamente se salvan de este fracaso los capítulos V y VI, que reflejan su profunda asimilación tanto de las lecturas toledanas clásicas como de los edificios descritos, singularmente la catedral, por la que sentía, según Marañón, profundísima admiración. El gótico le entusiasma: “aquel estilo prodigioso, lleno de variedad y armonía como la naturaleza”, que crea en la catedral de Toledo una pequeña “comedia humana”, un mundo de ficción, una enorme novela.

Temprano su interés por esta ciudad que “abate y suspende el ánimo”, su afición a Toledo cuajó en *Angel Guerra* de forma decisiva. Amor apasionado e infantil por Toledo, que hizo escribir a Marañón: “Rasgo esencial de lo que Galdós fue, en su vida íntima y en su vida de escritor, era este amor a Toledo, que siempre le acompañaba en sus andanzas y viajes. El banco en que todas las tardes reposaba, en el jardín de su casa de Santander, estaba hecho con trocitos de azulejos recogidos por él mismo en la Judería toledana”.

Jorge Herrera Hauptmann

pañá una serie de artículos bajo el título general de "Las generaciones artísticas en la ciudad de Toledo". Es su autor un joven estudiante de leyes de veintiseis años, canario de nacimiento; se llama Benito Pérez Galdós.

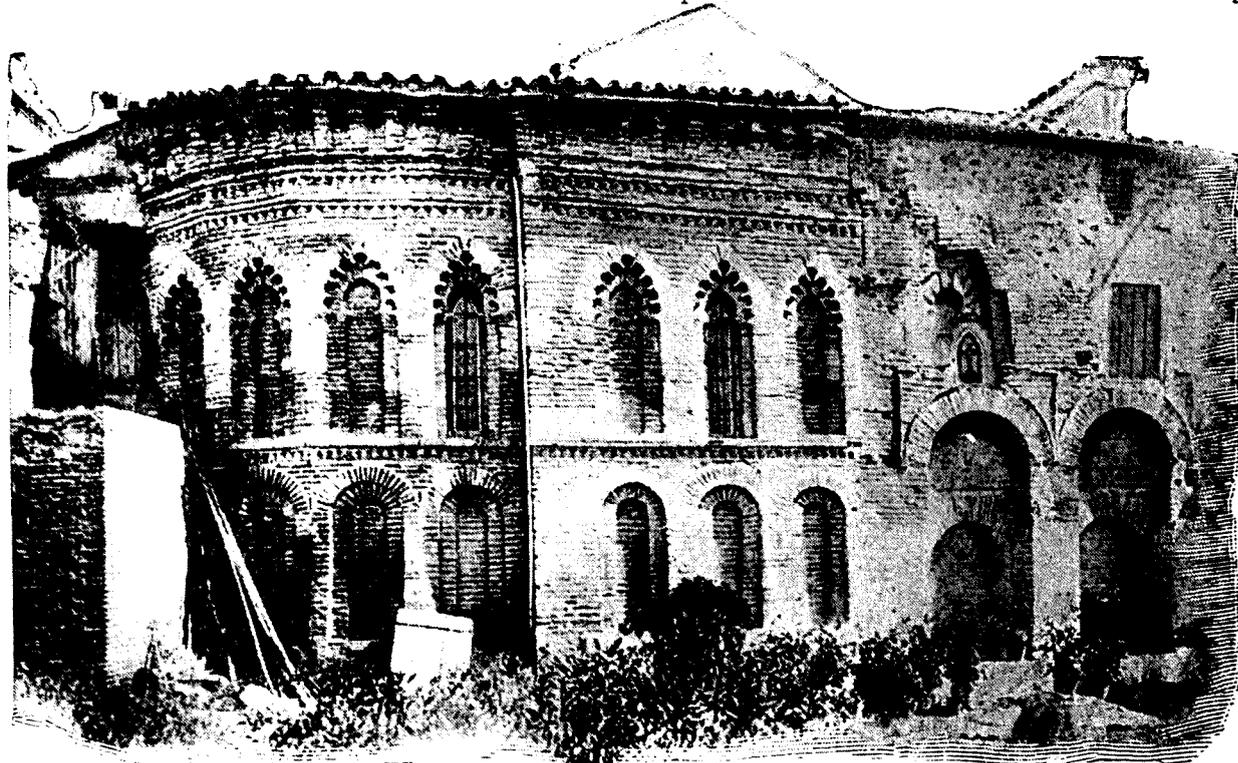
Estas páginas galdosianas, cuyo fondo y origen se encuentran en la ya difusa mentalidad romántica de finales de la década de 1860, están, sin embargo, fuera ya del romanticismo. Su autor intentaba escribir una "reseña de las antigüedades toledanas", a partir de materiales históricos y de leyendas. Bastantes años después, seguramente alrededor de 1890, en que escribió *Angel Guerra*, completó Galdós estos artículos juveniles. Todo el material se editó junto en 1924, en un libro titulado *Toledo, su historia y su leyenda*, formando el volumen VIII de las *Obras inéditas* del gran escritor, editadas y prologadas por Alberto Ghirardo. El libro, hoy raro, puede leerse en el tomo III de la edición Aguilar de las *Obras completas* de Galdós.

En esta obra galdosiana, a la que Ghirardo, en su escuálido y descolorido prólogo, llama exageradamente "estudio admirable", predomina un estilo sencillo y gris, algo monótono: prosa enteca y anodina, a ratos seca, y siempre escasamente bella. Fue Valle In-

clán, tan exquisito estilista, el que acuñó para Galdós el remoquete de "Don Benito, el garbancero", aludiendo a este estilo galdosiano, poco cuidado, propio de escritor volcánico, caudaloso, grafómano. Hay sin embargo páginas, no publicadas en los artículos de la *Revista de España*, que recuerdan al mejor Galdós, colorista, lineal, dinámico, inmenso. Así, por ejemplo, cuando hace la descripción de la judería toledana en el siglo XIV, o cuando relata la leyenda de Galiana, la hermosa.

Pero lo más original es el método, un curioso método de arqueología ideal, en el que se pretende conseguir la contemplación de Toledo en cada época por medio de la destrucción mental de todo lo que se construyó después. El joven Galdós intenta una especie de corte estratigráfico de Toledo, en el que se vean con claridad las distintas "capas arquitectónicas" que han ido formando en la ciudad las diferentes "generaciones artísticas".

Hay ya en este libro atisbos suficientes de su inquietud por el análisis de la historia española, de la que Toledo le pareció siempre resumen y eco, buscando sin duda —y éste es un signo de modernidad que le aparta decisivamente de los historiadores y artistas



Abside del Cristo de la Luz, fotografía en el volumen VIII de las Obras Inéditas



Galdós en el verano de 1912, en el jardín de su casa santanderina, "San Quintín"

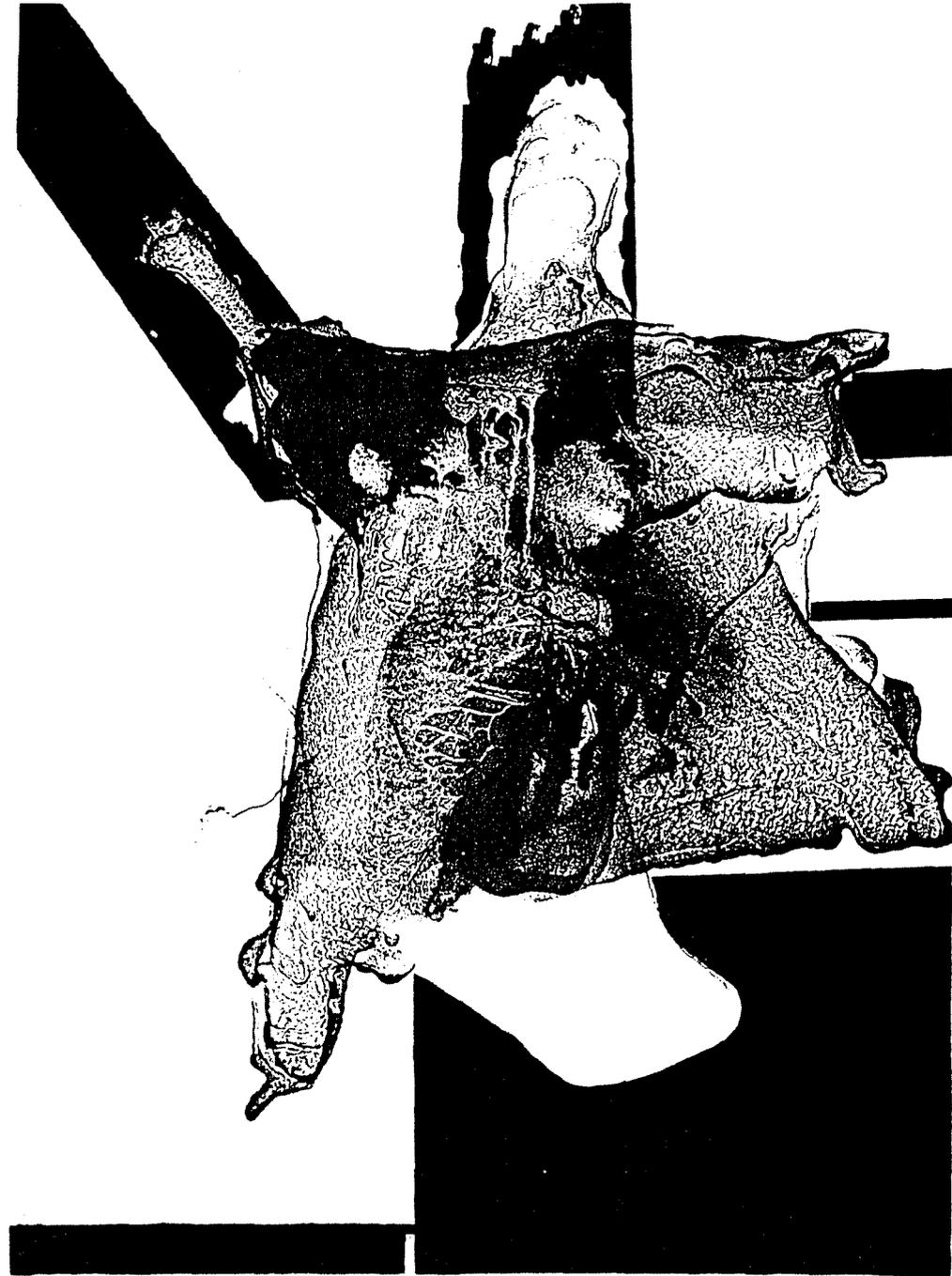
*Ocasión final en estos versos
lastrados por la debilidad de no ser
más que el soplo momentáneo
de un grito devorado
en los oídos del fuego*

*Sé que el lobo ganará
la partida irreversible
pero sonrío por estas letras
que conciertan su presencia en la materia
asumiendo mi voz en su estadía*

*Cuando los papeles
alberguen mis únicos indicios
después de todo
tal vez acaso
quizás
provoquen
en el implacable asesino
un
pequeño*

remordimiento

Héctor Rosales

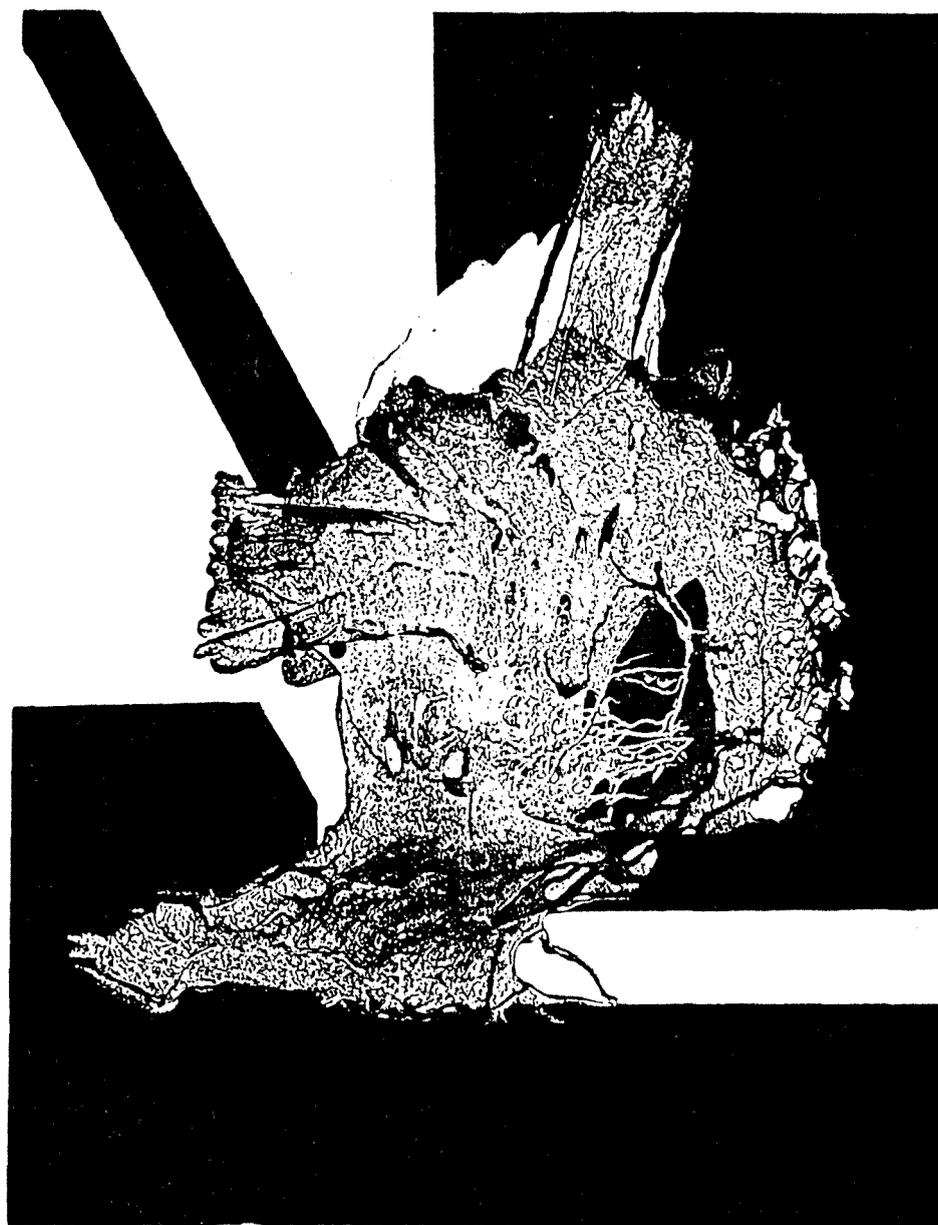


DIBUJO: ENRIQUE HIGUERA

*... ahora comprendo
cómo nos duele el simple proceso de la vida,
el pretender que nada nos enferma
cuando hay que recoger rompecabezas
y unir las piezas que forman el derecho
de crecer como se quiera,
entre el agua y la pared,
con ojos propios.*

*Sola de gentes,
pero el Dios-fuerza
tocándome las puntas
de mis universos
se allana a mi lado.*

Maya Islas



DIBUJO: ENRIQUE HIGUERA

HAY UN ROSTRO

*Ya yo lo sé Hay un rostro
Mas no es un rostro verdadero
Tal vez un largo silencio
una extraña madurez
o una equívoca sonrisa*

*Hay entre criaturas y cielo
un incomprendible pájaro
una espantosa sombra
ese no habitual naufragio*

*Hablaré quizá mañana
Hoy hay piedras Hay el viento
cosas húmedas tan viejas
la distancia la imaginación*

*Mañana habrá el cielo
y el dorado silencio
No habrá ojos oscuros
ni tristeza ni desvaríos
Habrá árboles con yerbas*

Y como sortilegio: tu cuerpo.

Henri de Lescoët

EL SOÑADOR

Aparece un hombre en una habitación. El hombre está en pijama. Por la derecha de la cama entra luz porque esa parte de la habitación no tiene pared. Es una luz de día de lluvia. A unos dos metros del final de la cama hay un lavabo con dos grifos; un vaso de plástico color crema, con un cepillo dentro, reposa sobre el lavabo, y más arriba hay un espejo. El hombre se mira en el espejo. Siempre se mira antes de acostarse y después que se ha levantado. En esta ocasión es antes de acostarse. Puede que sean las once de la mañana, lo que hace suponer que el hombre está enfermo o es un redomado perezoso. Simple error el primer supuesto y gran paradoja el segundo: Precisamente este hombre es un soñador profesional, utiliza la cama como el escritor su despacho o el director de cine el plató. Esa mañana tiene que soñar algo, lo necesita para cumplir cierto compromiso. En seguida se duerme y empieza a soñar.

Sueña con una habitación y una cama. En la cama hay un niño sentado. Ha estado mucho tiempo enfermo, pero ahora está bien, no así la habitación y las ropas, que han absorbido la fiebre de los días pasados y aún la retienen. Por contraste el niño, con la vitalidad de sus doce años recién recobrada, parece incluso demasiado sano. Tiene una manzana. Se asoma a la ventana de su cuarto y divisa un hombre con traje gris parado debajo. Es un octavo piso. Arroja el niño, divertido y malicioso, la manzana contra la cabeza del peatón. Afortunadamente falla, y la manzana se estrella contra el suelo. De su interior emerge un gusano dolorido y gruñón que decide vengarse del niño por tan desagradable viaje. Pide ayuda a los demás insectos, que rodean la habitación sin poder entrar en ella: La habitación es una caja de cristal.

Con verdadero sentido de la oportunidad finaliza el soñador aquí el primer capítulo del sueño. Despierta. Se despereza. Bebe agua en el vaso de plástico. Se mira en el espejo y se vuelve a acostar.

Cuando empieza el segundo capítulo los gusanos han desaparecido y el niño está muerto. Su madre es una mujer muy bella. Su belleza se impone sobre el paroxismo de su dolor, oculta su histeria. Está desesperada sin ser ridícula. Hace la respiración boca a boca a su hijo y uno la puede mirar sin tomar partido, sin criticar la inutilidad de una acción obcecada, sin pulsar la esperanza de que el aire insuflado en los pulmones del crío obre el imposible milagro, sólo recreando la vista en la estampa de Piedad de la madre con el niño en el regazo, la espalda contra sus muslos y los brazos abiertos en cruz, caídos hacia abajo. Cada vez más alterada la madre lo zarandea, lo alza en un abrazo más apropiado para el amor que para el auxilio, y, de pronto, siente que los labios del niño se comban sobre los suyos. Toma distancia y contempla su rostro. Sus ojos brillan pícaros y excitados. Sonríe: "Fingía estar muerto para que me besaras", dice.

El soñador finaliza aquí el segundo capítulo. Se levanta. Siente una desagradable començon en la cabeza y, cuando se rasca, caen sobre la blancura de la sábana tres gusanos. Preocupado, aprensivo, corre ante el espejo. Se mira. En la parte superior derecha de la cabeza, que en el espejo queda a la izquierda, descubre profundas llagas verminosas, y comprende con horror que está muerto. Debe llevar muerto varias semanas, quizá meses.

Antonio Aledo





A. UCHA
1981